

Creadores¹ de la Neurocirugía Uruguaya Alejandro H. Schroeder – Román Arana Iñiguez²

Un libro de Eduardo Wilson

I

La historia de las especialidades médicas en el Uruguay se viene registrando con empeño y acierto, por estímulo del Ac. Prof. Em. Dr. Fernando Mañé Garzón, a través de la tarea paciente y tomada con mucho cariño por figuras prominentes de cada una de ellas. En este caso, Eduardo Wilson ha publicado un volumen que recoge la historia de los primeros escarceos de la cirugía uruguaya en el campo de las afecciones neurológicas, y finalmente la irrupción de dos figuras señeras que crearon, construyeron, la realidad actual, dándole identidad propia a la Neurocirugía, en una curiosa evolución, realizada por ambos cultores, Alejandro H. Schroeder y Román Arana Iñiguez, en que los dos partieron de una base de sólido sustento edificada por Américo Ricaldoni: el Instituto de Neurología que lleva su nombre.

II

El prólogo pulcramente escrito por uno de los neurólogos más finos de esa Escuela fundada por Arana, Juan Antonio De Boni, da un panorama sinóptico de lo que fue la evolución de ambas disciplinas, una emergiendo de la otra. Dice De Boni: *“Antes de Lister, la escasa e incipiente neurocirugía se restringía al traumatismo craneoencefálico, hemorragias y abscesos cerebrales, con permanentes fracasos. Luego de los tres grandes descubrimientos de la segunda mitad del siglo XIX, la anestesia, la asepsia y el inicio del conocimiento de las localizaciones cerebrales, se vislumbra la mejoría postoperatoria y el cambio pronóstico que estos hechos traen aparejados. Pero es en la primera mitad del siglo XX en donde el progreso de la cirugía general arrastra a otras especialidades, entre las cuales la que es tema de este trabajo. Fue Cushing el fundador de la neurocirugía*

¹ RAE, Edición 22ª. 2001, T. 1, pág. 679: Creador: como adjetivo: Que crea, establece o funda algo. Una segunda acepción: Se dice propiamente de Dios, que sacó todas las cosas de la nada.

² WILSON, Eduardo: Creadores de la Neurocirugía Uruguaya. Alejandro H. Schroeder; Román Arana Iñiguez. Ediciones de la Plaza. Colección Biografías. 255 páginas. Montevideo, Uruguay. Setiembre 2006.

contemporánea en el mundo. En nuestro medio el Profesor Alfredo Navarro es el precursor de esta especialidad junto a otros entusiastas iniciadores de esta nueva disciplina. Pero es el Profesor Alejandro Schroeder, en ese momento profesor de Histología de la Facultad de Medicina, durante su viaje a Alemania en la década del veinte, quien vislumbra la idea de dedicarse de lleno a la neurocirugía. Retorna al Uruguay en 1928 con el deseo inquebrantable de lograr lo planeado y lo logra en 1937 cuando se le designa Profesor de Neurología, cargo vacante hacía 9 años, desde la muerte de Ricaldoni.”³

III

Mientras que hasta la creación por ley en 1926 del Instituto de Neurología, las escasas aventuras neuro-quirúrgicas, fuesen a propósito de traumatismos encéfalo craneanos con hundimiento y compresión, o de tumores benignos, las incursiones de los grandes maestros de la cirugía nacional habían sido escasas, y generalmente con resultados pobres. Algo similar a lo que ocurría en el resto del mundo. Debe hacerse excepción de las primeras intervenciones a cargo de Alfredo Navarro (1868-1951), que el 17 de marzo de 1897 realizó la primera operación de un hundimiento expuesto de cráneo y un absceso cerebral en un paciente de 24 años, herrero de ocupación, que tres días antes había recibido una pedrada en la cabeza. El paciente egresó el 10 de abril, muy mejorado. Una nueva intervención por el mismo Navarro practicada en noviembre siguiente sustituyó el defecto óseo por una lámina de plata confeccionada con anterioridad, quedando el paciente con leves secuelas, una hemiparesia discreta, retomando en enero su oficio de herrero. En febrero de 1898 él mismo operó otro caso de herida de bala cráneo-cerebral, publicando ambos casos en la Revista Médica del Uruguay, siendo ésta la primera publicación de un tema neuroquirúrgico en nuestro país. También en 1897 Navarro operó dos niños con espina bífida, y en 1898 tres pacientes fueron operados también por él por “epilepsia jacksoniana”, según hace constar en su tesis de doctorado Ignacio Arcos Pérez, que eligió como tema “Traumatismos de la bóveda craneal”. Este autor citaba otro operado el 19 de marzo por herida de bala de cráneo, y dos pacientes operados por José Pugnalin, por hundimientos de cráneo. Siguieron luego incursiones de

³ Ref. 2: pág. 8.

Alfonso Lamas, Luis Mondino⁴, Juan Francisco Canessa, todas ellas con *éxitus letalis*. Mejor suerte corrieron más tarde experiencias aisladas de Velarde Pérez Fontana, Justo M. Alonso que operaron pacientes portadores de tumores de hipófisis, el primero vía subfrontal y los otros dos con anestesia local, en el consultorio del médico, con abordaje transesfenoidal con trepanación del piso de la silla turca y curetaje intraselar.

IV

Las fracturas expuestas o con hundimientos fueron abordadas por Manuel B. Nieto, que publicó su primer caso en 1908, seguido por el *“Cuarteto de Urgencia”*, cuando a inspiración suya y bajo su conducción se integró el Servicio de Urgencia del Hospital Maciel en 1912 con Manuel Albo, Garibaldi J. Devincenzi, Domingo Prat y José Iraola, uniformizándose el tratamiento de los traumatismos de cráneo, y realizando publicaciones sobre el tema. Destacándose el libro publicado décadas más tarde, en 1937 por Domingo Prat, sobre *“Fracturas de la base del cráneo”*, que anteriormente se trataban mediante punciones lumbares evacuadoras. Eduardo Blanco Acevedo, en los hospitales franceses durante la Primera Guerra Mundial, también realizó varias trepanaciones en heridas craneanas de guerra, casos de los que no existe más que una fotografía registrando los heridos trepanados por él, luego de la Batalla del Marne. En el interior de la República, fue en el Hospital de Rocha, que en 1920 se realizó una operación de hundimiento expuesto de cráneo con exposición de masa encefálica, con buen resultado, por los Dres. Antonio Lladó y Florencio Martínez. El mismo Dr. Lladó había realizado en 1915 otra intervención exitosa. De ambas existe sólo mención periodística.

V

En el Instituto de Neurología no se practicó ninguna intervención neuroquirúrgica en vida de Ricaldoni. En setiembre de 1928, dos meses después de la muerte del fundador, Francisco Ruvertoni (1889 – 1936) realizó la primera operación del Instituto, ayudado por Pedro Larghero, a un paciente estudiado por Bernardino Rodríguez, con diagnóstico de

⁴ Mondino operó dos niños, en 1901, diagnosticados por Luis Morquio, portadores de quistes hidáticos cerebrales, falleciendo ambos en el postoperatorio por meningoencefalitis.

tumor cerebral, con hallazgos quirúrgicos negativos, falleciendo en el post-operatorio. Esta historia clínica, como las demás elaboradas en los inicios por Bernardino Rodríguez, se conservan en el Instituto de Neurología, y Wilson reproduce el protocolo operatorio en facsímil.

VI

Prudencio de Pena (1875-1937), un pediatra transformado a impulso de Luis Morquio en cirujano de niños, además de ser el creador indiscutido de la cirugía pediátrica y notorio impulsor de la ortopedia, destaca como precursor de la neurocirugía. La cuarta parte de sus publicaciones refieren a cirugía neurológica. En cirugía del quiste hidático cerebral, una patología que se veía con frecuencia en nuestro país por esa época y en las décadas siguientes, superó los 18 casos, cifra que sólo Schroeder y Arana, mucho después y con otros medios diagnósticos, lograrían superar. Entre esos casos están los primeros con sobrevida. También es destacable su trabajo de 1916 sobre traumatismos de cráneo, que abarca un período de 13 años, con 26 niños operados, la mayoría por hundimientos de cráneo, siendo el más importante de los estudios sobre tema neuroquirúrgico hasta la aparición de las publicaciones de Schroeder, y dentro de la neurotraumatología sólo comparables con las de Domingo Prat y de Pedro Larghero Ibarz, surgidos veinte y cuarenta años más tarde. El primero con su publicación sobre fracturas de la base de cráneo, ya citada, de 1937, y el segundo con su libro *“Hematomas Intracraneanos traumáticos”*, publicado en 1952, que aún hoy los neurocirujanos estudian con provecho.

VII

ALEJANDRO H. SCHROEDER (1890-1954) nació en Montevideo el 23 de mayo de 1890, hijo de Juan Emilio Alejandro Schroeder y de María Fanny Hosking. Su padre era alemán, procedente de Hamburgo, hombre de negocios, que perdió su fortuna en todo tipo de juegos de azar, desde las carreras de caballos a la ruleta o cualquier otro. Falleció a los 83 años. Su madre era inglesa, perteneciente a una familia de marinos mercantes establecidos inicialmente en Río Grande do Sul y luego en Uruguay a mediados de la segunda mitad del siglo XIX. Ella falleció a los 60 años. La "H" después de Alejandro, era en homenaje al apellido de su madre. De ambas ramas, además de la educación posterior, recibiría el dominio del alemán e inglés.

VIII

Schroeder inició su formación en la Facultad de Medicina el 1º de marzo de 1910, luego de haber recibido educación primaria en el Colegio Alemán y continuando luego en el Seminario ("Sagrado Corazón") fundado por los jesuitas. Durante su internado actuó en el Hospital Vilardebó (Servicio del Dr. Eduardo Lamas) y en el Hospital Maciel (Servicios del Prof. Francisco Soca y del Dr. Luis Pedro Lenguas, ayudando en este último en varias intervenciones a los Dres. Manuel Albo y José Iraola). También actuó como Jefe de Laboratorio de la Clínica Ginecológica del Prof. Enrique Pouey, entre 1917 y 1921. Egresó el 29 de diciembre de 1917 y obtiene una beca para viajar a Europa, que usufructúa luego de sucesivas prórrogas en 1925. Mientras trabajaba como Jefe de Laboratorio en la Clínica de Pouey, prepara el concurso de oposición como Jefe de Laboratorio de Histología, obteniéndolo y ocupándolo desde el 1º de mayo de 1921. Allí tuvo como alumno a Bernardino Rodríguez. En 1924 se separa Histología de Anatomía, y el Consejo Directivo de la Facultad, le designa, por unanimidad, Profesor de Histología desde el 5 de febrero de 1924. Ocupa

esa cátedra durante 18 años, siendo también docente de la materia en la Facultad de Odontología. Renuncia a su cátedra el 19 de marzo de 1942.

IX

En 1925 hace uso de su beca y viaja a Europa con toda su familia (esposa y cinco hijos) permaneciendo hasta 1928. Toma contacto con figuras de primer nivel en la neurología y psiquiatría, como el Prof. Nonne, de Hamburgo, quien lo induce a realizar estudios de anatomía patológica neurológica antes de introducirse en la neurología, para lo cual lo recomienda al Prof. Alfons Jacob con quien permanece 6 a 8 meses. Luego concurre junto al Prof. Nonne en Hamburgo, casi un año, con el Prof. Vogt en Berlín, el Prof. Guillain en París, y el Prof. Pío del Río Hortega, en Madrid. Finalmente, se encuentra al Prof. Otfried Foerster (1873-1941) en Breslau, permaneciendo casi un año a su lado, período del mayor provecho de su gira, encontrando junto al gran maestro profunda formación neurológica y neurofisiológica. Foerster habría de ser un afamado neurólogo⁵, autor de más de 300 trabajos científicos, entre ellos el *“Handbuch der Neurologie”* con Bumke, de 1936, obra de 20 tomos, en cuyo primer volumen figura un capítulo sobre citoarquitectura de la corteza cerebral humana, con la participación de Schroeder. De él aprendería *“no sólo el gusto por la neurología y la neurocirugía, sino también la manera de ser metódica y detallista, y una actitud frente al trabajo que no conocía fatigas ni agotamiento. Con ese bagaje humano y científico retornó a su país, con una idea fija: ejercer la neurología”*.

Cuando Schroeder volvió al Uruguay a fines de 1928, su vocación neurológica era inamovible, pero los pacientes neurológicos estaban diseminados en distintos servicios médicos, quirúrgicos y pediátricos, donde los fue a buscar Schroeder, señalando la colaboración que le brindaron todos los jefes de servicio.

X

⁵ Graduado en 1897 en Breslau, pasó dos años en París y Suiza con Dejerine y Frenkel, volviendo a Breslau en 1899 donde permaneció el resto de su vida. Encabezó el departamento neurológico en un hospital municipal que en 1934 se transformó en Instituto de Neurología, que hoy lleva su nombre. Asistió a Vladimir Ilich Ulianov (Lenin) en Moscú, donde permaneció casi un año observando a su paciente, a veces a través del ojo de una cerradura desde un cuarto contiguo, y participó de la autopsia del líder soviético en 1923.

Él deseaba ser un *“neurólogo integral”*, lo que incluía la asistencia neuroquirúrgica. Pero el Instituto de Neurología, estaba casi desmantelado, ya que luego de la muerte de su fundador, Américo Ricaldoni, ocurrida en julio de 1928, apenas un año después de iniciar las tareas su Instituto, se entró en un largo marasmo que no permitió designar sucesor por nueve años.

“Mientras la indecisión del Consejo frenaba el nombramiento de Director, se fueron sucediendo resoluciones del mismo Consejo que disminuyeron los recursos económicos, humanos y materiales del Instituto, al punto que se llegó a sostener que sin Ricaldoni, el Instituto no debía existir. Sólo la obstinada actitud de un joven neurólogo, José Bernardino Rodríguez (1901 – 1964), ingresado al Instituto en 1928, permanente defensor del destino neurológico de camas y salas, y las voces aisladas que, en la Facultad y en el Parlamento, recordaron los proyectos y sueños de Ricaldoni, impidieron que desapareciera totalmente el Instituto. Como expresó años después el propio Rodríguez: “Unos pocos permanecemos dentro de él, sin que el derrotismo general nos invadiera... Creíamos ser los custodios de un fuego sagrado, nos quedamos allí como sacerdotes de un templo abandonado por los fieles, comprobando con tristeza que año a año las naves se volvían más desiertas. No fuimos, sin embargo, unos ilusos; lo que vino después nos dio la razón”.^{6,7}. En cierta forma, se debe a

⁶ Ref. 2: Pág. 42.

⁷ **RODRÍGUEZ, Bernardino:** Biografía por Eduardo Wilson, en Médicos Uruguayos Ejemplares, Tomo III, 2006, 608 páginas. Editado por el Sindicato Médico del Uruguay, la Facultad de Medicina de Montevideo y Roemmers S.A. Fernando Mañé Garzón y Antonio L. Turnes, Editores. Páginas 376 – 381.”*La personalidad médica y humana de José Bernardino Rodríguez muestra facetas muy singulares. Fue un ser solitario, reservado, autodidacta, que vivió casi sin amistades o afectos reconocibles, lleno de admiración por sus dos grandes ídolos, Américo Ricaldoni y Alejandro Schroeder y absorbido por su pasión única, la neurología. Como médico, debe ser considerado el primer neurólogo auténtico y exclusivo de nuestra Medicina. Es cierto que Jacinto de León primero, y Américo Ricaldoni, Juan Mussio Fournier y Alejandro Schroeder después tuvieron una especial dedicación a la neurología. Pero todos ellos tuvieron otras inclinaciones médicas paralelas. De León por la física médica y la psiquiatría. Ricaldoni por la clínica médica de la que fue docente emblemático, Mussio por la endocrinología, de la que fue pionero y Schroeder por la neurocirugía, iniciada por él en el país. Bernardino Rodríguez, por el contrario, no salió nunca de la práctica neurológica exclusiva, desde que recibió su título de médico. Fue el primer Jefe de Clínica neurológica por concurso, fue el primer Profesor Agregado de Neurología, cuando dentro de la Facultad y del Instituto comenzaron a diferenciarse las especialidades. Por encima de ello, fue el portador del estandarte ricaldoniano en la defensa del Instituto de Neurología durante su época más difícil, luego de la muerte del fundador y antes del advenimiento de Schroeder.”* (Página 376). *“Pero su máximo aporte histórico a la neurología en esos años, entre 1929 y 1937, fue la defensa del Instituto. Luego del fallecimiento del fundador, pasados los homenajes y los actos recordatorios, el Consejo de la Facultad se empantanó en la elección del sucesor. Sin dirección estable, sin un clínico a su frente, comenzó un lento y progresivo deterioro del Instituto. Fue perdiendo cargos, se redujeron los salarios, disminuyeron los recursos. Más de una vez se discutió la continuidad del mismo. Las camas fueron siendo ocupadas por pacientes de clínica médica y en sus locales se autorizó el funcionamiento de una clínica médica libre. Muchos de los integrantes, que incluso habían acompañado a Ricaldoni en la génesis del Instituto, pronto olvidaron enseñanzas y esperanzas para favorecer intereses personales. Muy pocos defendían el proyecto de Ricaldoni y el*

Bernardino Rodríguez la supervivencia del Instituto de Neurología, ya que como se ha visto, había muchos interesados en quedar con sus despojos. Y aún más, una obra que en su momento fue pionera en la región, y estuvo entre las primeras del mundo, la creación del Instituto de Neurología, estuvo por la falta de visión o los intereses ajenos a él, a punto de desaparecer, lo que no requiere más comentarios. Es extraño que no se le haya reconocido y testimoniado a Bernardino Rodríguez debidamente este señalado servicio, lo que sin duda es deuda pendiente.

XI

Wilson se detiene en uno de los episodios más curiosos, cual es la peripecia de la sucesión del Instituto de Neurología. *“Tras la muerte de Ricaldoni, comenzó en el Instituto de Neurología un progresivo deterioro motivado por dos poderosas razones: la demora en la provisión definitiva de la dirección y las ambiciones de clínicos por aumentar sus camas, sus cargos o sus auxiliares. La demora se debió a radicales diferencias de opinión entre los integrantes del Consejo Directivo de la Facultad respecto a los aspirantes a la cátedra. Es necesario conocer los detalles de este diferendo para entender una demora de nueve años, para lo cual transcribo de “Neurología en el Uruguay”, la siguiente narración de los hechos:*

“Luego de fallecido Ricaldoni, el Consejo Directivo encomendó al Dr. Arnoldo Berta, consejero, consultar a los profesores de clínica médica sobre su interés en acceder a la dirección del Instituto. De los tres profesores, fueron consultados dos, Pablo Scremini y Juan B. Morelli, que declararon no aspirar a dicho cargo, pero no fue consultado Carlos Brito Foresti. En vista de la negativa, en 1929 se llamó a aspirantes. Se presentaron Alejandro Schroeder, Juan César Mussio Fournier, José María Estapé, Pedro Escuder Núñez y Carlos Brito Foresti. La inscripción de Brito Foresti no parece haber contado con la aprobación del involucrado, tanto que éste desistió, poco tiempo después, de la aspiración. De haber estado interesado, podría haber ocupado el cargo directamente. Considerados los méritos de los aspirantes, no se logró la cantidad de votos necesarios para definir la cuestión, y se decidió llamar a concurso de oposición entre ellos,

destino neurológico de las camas. Entre ellos Bernardino Rodríguez, el más joven, el que recién llegaba, el que sólo había conocido al maestro como estudiante, fue el más celoso defensor, el que mantuvo la antorcha durante todos esos años, como dijera Más de Ayala. El prolongado interludio duró hasta 1937, cuando finalmente se designó a Alejandro Schroeder como nuevo Director del Instituto de Neurología.” (Pág. 377).

a mediados de 1929, fijando un plazo de dos años a partir del 1.7.1929. Mussio Fournier solicitó reconsideración de esta resolución, y al no tener andamio, apeló ante el Consejo Directivo Central de la Universidad. Recién en 1932 llegó la respuesta de la Universidad, y para ese entonces había fallecido Escuder Núñez. Se resolvió volver a considerar los méritos de los restantes tres aspirantes, después de abrir un período para presentar nuevos méritos, habida cuenta que habían pasado casi tres años desde el cierre de la inscripción. Cerrado el período para aportar nuevos méritos, se siguió difiriendo la decisión de llamado a concurso o nombramiento directo, al haber discrepancias en torno a la valoración de los méritos en cirugía neurológica, en especial considerando que a mediados de 1931 el Consejo había resuelto la creación de una cátedra de neurocirugía en su proyecto de presupuesto. Ante ello, Schroeder, por nota, afirmó: "Tengo el mayor interés en hacer saber al Consejo que no he aceptado extraoficialmente, ni aceptaré tampoco, esa cátedra de neurocirugía, y que mis deseos están claramente expresados en las notas que envié al Consejo con motivo del llamado a aspirantes a la cátedra de Neurología". Por su parte, Estapé y Mussio expresaron que la cátedra a que aspiran "es una cátedra de neurología médica" y que sólo se debían comparar méritos de esa naturaleza. Un consejero llegó a decir que "la dirección y cátedra de neurología no pueden caer en manos de un cirujano". A esa altura, había consejeros claramente partidarios de Mussio, que querían su nombramiento directo, y consejeros que no aceptaban diferencias suficientes entre los aspirantes y reclamaban el concurso de oposición. Entre discursos, notas, acaloradas discusiones y planteos insostenibles (en un momento se propuso la creación de dos cátedras de neurología, para conformar a los principales contrincantes, Mussio y Schroeder), pasó el tiempo, sin tomarse ninguna decisión. El año siguiente, 1933, transcurrió sin novedades respecto a la dirección, y finalmente el 22 de mayo de 1934 se votó por los distintos candidatos.⁸ Al no haber mayoría de dos tercios, se votó por unanimidad el concurso de oposición y de méritos. En julio se resolvió que el concurso sería abierto y se nombró una comisión para redactar las bases del concurso. Hechas las

⁸ El 31 de marzo de 1933 hubo un cambio fundamental en el País: el Golpe de Estado dado por el presidente constitucional Dr. Gabriel Terra. Al año siguiente, el 12 de enero de 1934, se crearía por Decreto el Ministerio de Salud Pública, cuyo primer ocupante sería el Dr. Eduardo Blanco Acevedo. A él lo reemplazaría como Ministro, años más tarde, el Dr. Juan César Mussio Fournier. Ambos Ministros dejarían el Ministerio con un Instituto creado para ellos, uno de Cirugía, el otro de Endocrinología, teniendo su reducto en el Hospital Pasteur. El Prof. Alfredo Navarro Benítez (1868-1951), que había sido ilustre profesor de Clínica Quirúrgica, y Decano en dos oportunidades, tuvo también actuación política en este período, ocupando la Vicepresidencia de la República y la presidencia del Senado (1934-1938).

bases y el llamado correspondiente, el único inscripto fue Alejandro Schroeder. En marzo de 1936 se nombró el tribunal, que presidiría el Decano Prof. Pablo Scremini y a principios de 1937 se nombró, finalmente, Profesor y Director del Instituto de Neurología a Alejandro Schroeder. ¿Qué había pasado para que se llegara a una solución luego de tanta áspera discusión? ¿Cómo era que después de tanta pérdida de tiempo, sólo se inscribiera un aspirante? Sucedió que se había creado la Cátedra y el Instituto de Endocrinología proyectada, pero nunca efectivizada, junto con la de neurocirugía y otras en 1931, y que en septiembre de 1934 se había nombrado profesor de la nueva cátedra a Juan C. Mussio Fournier. El escollo para definir la cátedra de neurología, que era la aspiración de dos calificados médicos, se superaba con esta decisión".⁹

XII

La historia y los vericuetos por los que el Consejo de la Facultad difirió la provisión de tan importante cargo, merece ser ampliamente conocida, y sin duda, quien lea el libro de Wilson podrá extraer sus propias conclusiones. Transcribe en el Anexo 3 la nota que Schroeder enviara al Consejo Directivo de la Facultad de Medicina, en cierto modo con su santa paciencia colmada por las demoras en la provisión de la Dirección del Instituto, que debe ser transcripta. La misma fue tomada del Libro de Actas de Consejo de la Facultad de Medicina, año 1932, Folio 127 al 132: *"se pasa a considerar la orden del día, continuándose la discusión de la provisión de la Dirección del Instituto de Neurología y cátedra correspondiente, cuyos candidatos son el profesor Alejandro Schroeder, el profesor agregado Dr. José María Estapé , y el profesor libre Dr. Juan C. Mussio Fournier. Se da lectura a la siguiente exposición del profesor Schroeder: Montevideo, 30 de agosto de 1932. Señor Decano de la Facultad de Medicina, doctor Alfredo Navarro. Presente. Después de haber asistido a la última sesión del Consejo, parecería que mi primer impulso lógico y consecuente con las ideas emitidas por los Dres. García Austt y Bordoni, debiera ser borrar me de la lista de aspirantes de la Dirección del Instituto de Neurología. Es más, aún, debiera pedir disculpa por haber sido quizás yo el único culpable que con la presentación de una aspiración improcedente y sin derecho alguno, mantuviera un pleito tan importante,*

⁹ Ref. 2: páginas 40 – 42.

durante cuatro años, sin solución. Y si hubiera de extraer las últimas consecuencias de las premisas sustentadas por los nombrados consejeros, llegaría a la amarga ironía, de que todo el camino trazado en mi carrera es equivocado. No soy médico, soy un anatomista que hace cirugía, no soy neurólogo, según esos consejeros. Al entrar a la Facultad, al día siguiente de la última sesión del Consejo, buscaron mis ojos instintivamente en el frontispicio de la misma, su título: ¿Quizás no dijera allí “Facultad de Veterinaria o de Agronomía”? Pero desde hace ya tres años, he previsto la posibilidad de que se discutiera: ¿Qué es y qué deber ser un neurólogo? ¿Cuál debe ser la formación básica del mismo? ¿Qué conocimientos debe tener un Profesor de Neurología o un Director de un Instituto de Neurología? No voy a hablar yo; voy a hacer contestar a los maestros de la Neurología mundial, a esos mismos a quienes el Dr. García Austt, supone enseñando neurología y formados y produciendo, como él lo hace con la Psiquiatría. Además, las opiniones de esos mismos sabios, están escritas y firmadas de puño y letra, por ellos mismos. Pongo a disposición de los Sres. Consejeros los originales, si así lo desean. No voy a hablar de los franceses, cuya obra es demasiado conocida entre nosotros, para entrar en discusiones. De un Charcot, fundador del método anátomo-clínico, nombrado Profesor de Anatomía Patológica a los 47 años, y para quien se crea diez años después, la clínica de enfermedades nerviosas. Ni de Dejerine, pues de su obra pueden hablar y de su formación también, algunos profesores actuales de nuestra Facultad. Ni tampoco de Lhermitte, a quien se pretendió en un momento traer como director temporal de la clínica neurológica y cuyo cargo en la Facultad de París es el de Profesor Agregado de Anatomía Patológica. Ni de Roussy, considerado distinguidísimo neurólogo en el mundo entero, y que es profesor titular de Anatomía Patológica. Dice Van Gehuchten, de la Universidad de Lovaina (28 de junio de 1929): “Pienso que un buen neurólogo debe ser un clínico desdoblado de un anatomopatólogo. Yo no conozco un Instituto de Neurología, sin Laboratorio de Patología Nerviosa y es al neurólogo que incumbe el trabajo anátomo-patológico”. Head, de Londres (7 de agosto de 1929): “Es imposible ser profesor o director de un Instituto de Neurología, sin estudio prioritario y profundo de la anatomía normal y patológica del sistema nervioso”. Winckler, de Utrecht (8 de junio de 1929): “Me parece que el futuro neurólogo comenzará por el estudio de la anatomía y de la fisiología del sistema nervioso. No creo posible dar cursos de neurología o de dirigir un hospital, sin conocer la anatomía y la anatomía patológica del sistema nervioso”. Foerster, de

Breslau (8 de junio de 1929): “Según mi opinión, constituye el conocimiento exacto de la anatomía normal del sistema nervioso la verdadera base de la neurología y el conocimiento de la anatomía patológica, la preparación necesaria para la enseñanza clínica y para la investigación clínica... El que no sabe cómo están constituidos histopatológicamente los procesos patológicos del sistema nervioso, no puede ser considerado, según mi opinión, como un representante de la neurología.” Ramón y Cajal, de Madrid (5 de junio de 1929): **“Salvo mejor parecer, mi opinión es que un profesor de clínica neurológica debe conocer previamente: 1º La anatomía macroscópica del sistema nervioso. 2º La histología normal y patológica del mismo. 3º Si desea consagrarse a la investigación anátomo-patológica y precisar sus diagnósticos post-mortem, le será forzoso conocer la técnica de las coloraciones de las sustancias gris y blanca”.** Mingazzini, de Roma (12 de junio de 1929): **“El profesor de neurología que está encargado de explicar y de desarrollar a través de sus lecciones el sistema clínico (siguiendo los signos de localización de la enfermedad) debe conocer de una manera clara y exacta la estructura y el transcurso de los haces que vinculan entre ellas las diferentes partes del cerebro y al mismo tiempo, debe poseer los elementos fundamentales de la anatomía patológica de las enfermedades nerviosas”.** Purves Stewart, de Edimburgo (9 de agosto de 1929): **“En mi conocimiento la preparación requerida para un Profesor de Neurología debiera comprender lo siguiente: 1º: Conocimiento de la medicina interna en general; un conocimiento especial de la anatomía del sistema nervioso; familiarización con los métodos de laboratorio de investigación neuropatológica; experiencia clínica por el período de dos años como interno en un hospital especializado, preferentemente bajo la dirección de varios jefes; familiarización con varios idiomas, con el propósito de estudiar literatura científica, capacidad de poder enseñar clínica concisa y clara. 2º Es imposible para nadie que ocupe la posición de Director o Profesor de un Instituto Neurológico, que llegue a ello sin un conocimiento especial y seguro de la anatomía normal y patológica del sistema nervioso”.** Kinnier Wilson, de Londres (7 de junio de 1929): **“1º: Ningún neurólogo que sea digno de ese nombre puede basar sus conocimientos en medicina clínica solamente. Tiene que haber estudiado neuro-anatomía, neuro-fisiología y neuro-patología. 2º: Es ridículo titular a nadie profesor de neurología si nunca ha hecho un estudio profundo de los mencionados en el numeral 1º.”** **No son cartas complacientes las que encierran todas estas afirmaciones claras y precisas: son las contestaciones hechas por escrito a**

un profesor ya muerto, de nuestra Facultad, sobre la orientación y formación de un neurólogo que ellos, al exponerlas en el papel, no hacían sino afirmar lo que su vida entera demostraba con los hechos. Si después de todas estas valiosísimas opiniones no cabe la duda de cuál debe ser el camino que hay que trillar para llegar a ser un neurólogo, menos podría dudarse de que yo lo he seguido así: Ahí están mis trabajos de histología normal y en orden cronológico los de anatomía patológica que lo atestiguan. No ha demostrado, seguramente, los mismos, el candidato ministro consejero, en el momento que tiene la jactancia de declarar, en plena sesión del Consejo, que no entiende nada de anatomía normal ni patológica, lo que no impide, que, de inmediato, se despache a su gusto en críticas sobre la manera cómo debe enseñarse la histología. Hace cuatro años, cuando se abrió el pleito de Neurología, se decía que el que suscribe, era anatomista y no clínico. Hoy los mismos que entonces afirmaban aquello gratuitamente, sostienen que es un anatomista y un cirujano. Para Nonne, uno de mis maestros geniales, el neurólogo ideal sería un médico que, conociendo medicina general, tuviera también educación psiquiátrica, que supiera examinar el fondo del ojo y el oído interno y que, dominando la anatomía y la fisiología del sistema nervioso así como la clínica de las enfermedades nerviosas, supiera, a la vez, operar cerebro, médula y nervios periféricos. He tratado con toda la fuerza de mi alma de alcanzar ese ideal, viviendo lo más intensamente posible todas esas especialidades básicas íntimamente conectadas con la neurología. Podrían llamarme oftalmólogo con más razón que cirujano, pues examino en un solo día, más fondos de ojos que operaciones hago en un año. Me he sometido a todos los controles de todos los profesores, médicos y estudiantes, acudiendo diariamente desde las 8 de la mañana hasta la 1 y a veces las 2 de la tarde, a examinar, a diagnosticar y a tratar, médica y quirúrgicamente, todos los casos difíciles de neurología que se me presentaban en los hospitales y clínicas oficiales. Ahí están en el Hospital Pasteur, los profesores titulares Albo, Prat, Mérola, Urioste y también el Dr. Rómulo Silva¹⁰; en el Hospital Maciel los profesores titulares Morelli, Scremini, Lamas, Lussich, García Lagos y el doctor Iraola. Ahí están los profesores Morquio, Bonaba y Stajano en el Hospital Pereira Rossell; en el Pedro Visca los profesores Burghi y Pelfort y el doctor Carrau; y en el Hospital Militar los profesores May y Montes Pareja y el Dr. Artucio. En

¹⁰ Olvidó mencionar, aunque tuvo entrañable amistad y colaboración con él, al Prof. Ernesto Quintela (1876-1931), que era el Catedrático de Anatomía Normal, quien le ayudó cediéndole sus pacientes en la Clínica Quirúrgica que dirigía en el Hospital Pasteur, y ayudándole a menudo con los neuro-quirúrgicos, aportando sala de operaciones y ayudantes.

todas las clínicas de esos profesores y médicos, que me han brindado sus casos difíciles para el estudio, diagnóstico y el tratamiento, creo haber hecho obra útil. A menudo, a pedido de los profesores, he dado lecciones de clínica neurológica; y en el Hospital Pasteur todo un curso de clínica neurológica, en el semestre pasado. Y útil he sido, también, al candidato defendido por los Dres. García Austt y Bordoni, que necesitando de mis conocimientos de anatomía patológica nerviosa, ha estampado en un libro de él, mi informe como original ¿de quién? Pero pido demostrar también que en mis “Apuntes de Clínica Neurológica” hay casos que pasaron delante de él, ignorando lo que tenían o equivocando su diagnóstico. Los hechos expuestos tienen valor, quizás más, para algunos, que el de las pretendidas cartas complacientes, pero cuyo poseedor, puede decir sin temor a sonrojarse, a cualquiera de los consejeros de la Facultad de Medicina, que no ha perdido un solo minuto en conseguir por influencias lo que se debe obtener por el trabajo y el esfuerzo personal. Saludo a Ud. muy atentamente, Alejandro Schroeder.”

XIII

“El 23 de febrero de 1937 Alejandro Schroeder fue designado Profesor y Director titular del Instituto de Neurología. Cuando asumió el cargo, el Instituto había perdido, solo entre los cargos rentados, los siguientes: un asistente oftalmólogo, un asistente otorrinolaringólogo, un asistente cirujano, un jefe y un ayudante del Laboratorio de Radiología, un jefe y un ayudante del Laboratorio de Fotografía, un auxiliar del Laboratorio de Anatomía Patológica, un auxiliar del Laboratorio de Técnicas e Investigaciones Histológicas, un dibujante y un modelador. De los 27 cargos iniciales, quedaban 16. Asimismo había perdido el local y los aparatos de radiología, los aparatos de fotografía, había disminuido notoriamente el rubro de gastos, y se habían destinado a docencia de clínica médica las salas de internación, la de mujeres al Servicio del Prof. Bordoni Posse, y la de hombres al Dr. Pérez Sánchez.”¹¹

Frente a este panorama y contra enormes dificultades pudo constituir un equipo, hacer trabajar al Instituto siguiendo los lineamientos de su fundador Ricaldoni. Mejoró cada año sus resultados, la organización de su Clínica, y la publicación de trabajos. Pero además, encontró la necesidad

¹¹ Ref. 2; página 43.

de fundar la Sociedad de Neurología y Neurocirugía, a punto de partida de las reuniones periódicas del personal del Instituto, efectuadas por iniciativa suya desde 1940, de tal forma que el 30 de junio de 1949 quedó formalmente constituida dicha Sociedad, con la adhesión de todos los que estaban vinculados a las actividades fermentales del Instituto. Fueron sus fundadores tan sólo dieciocho personas. Ellos designaron a Alejandro Schroeder como el primer Presidente y a Bernardino Rodríguez como el primer Secretario. En los años y décadas siguientes, el desarrollo de cada disciplina determinaría que se fueran diferenciando en diversas Sociedades: de Neurología, de Neurocirugía, de Neuropediatria y de Neurofisiología Clínica, pero teniendo todas un patrón común, y un vínculo entrañable y sincero con su querido Instituto.¹²

XIV

Comenzando de la nada, fue creciendo el número de intervenciones, totalizando en los primeros tres años, desde 1937 a 1939, 22 pacientes. Se obtuvo la colaboración del Dr. Nicolás Caubarrere, jefe del Servicio de Radiología del Hospital Maciel, y el uso de la precaria sala de operaciones del Servicio de Urgencia de dicho hospital para realizar las cirugías. Se trabajaba con anestesia local exclusivamente y para controlar los sangrados profusos utilizaban “músculo de paloma” empleando pechugas de palomas del propio hospital, cazadas y preparadas por Juan Medoc y la instrumentista María Manuela Schroeder (su hija). Los ayudantes de cirujano de esa época eran los patólogos Héctor Ardao y Juan Medoc, que muchas veces a los pocos días debían practicar la autopsia del operado. En 1937 figura como asistente Román Arana Iñiguez, siendo todavía estudiante. Ocasionalmente aparece Clemente Estable y con mayor frecuencia el flamante jefe de clínica neurológica Fortunato Ramírez, que sería muchos años después por décadas Profesor de Clínica Psiquiátrica.

Gracias a las donaciones del Dr. Alejandro Gallinal, que había sido su paciente, y de la donación de Zacarías Saralegui, obtenida por Manuel Quintela, se logró equipar una sala de operaciones en un sector de la Sala Ricaldoni, incluyendo local para radiología, con lo cual se pudieron hacer allí los estudios ventriculográficos que requerían antes colocar una sonda

¹² Ref.2: páginas 45 y 46.

ventricular. Con la segunda donación se financiaron diversos cargos del Instituto, particularmente los de los laboratorios de Anatomía Patológica y Electroencefalografía, así como los integrantes del equipo de neurocirujanos. Hasta 1945 los operados fueron aumentando y los resultados mejorando, cediendo lentamente las cifras de mortalidad, que del 64% (1937-1939) inicial pasaron por 57% (1940-1942). En el trienio siguiente (1943-1945) pasaron al 42%, y en el cuarto descendió aún más. Mientras tanto, Román Arana, ya graduado, ingresó en 1942 como jefe de clínica neurológica, firmemente empeñado en llegar a ser neurocirujano. Para ello, con el apoyo de Schroeder concurriría primero a Chile, para trabajar y entrenarse con Alfonso Asenjo, en 1943, y más tarde a Chicago, como residente de Percival Bailey, discípulo de Harvey Cushing, desde 1945 a 1947. Antes y después de viajar a Chicago, Arana fue el ayudante permanente de Schroeder, y cuando él no estuvo lo fue Medoc o su hijo, Alejandro Schroeder Otero¹³, que al mismo tiempo colaboraba en el Laboratorio de Anatomía Patológica. Poco tiempo después de volver Arana, en 1947, se incorporó Jorge San Julián. En 1950 se incorporaron María Teresa Sande, la primera mujer en dedicarse a neurocirugía, el practicante interno Juan Alberto Folle y Atilio García Güelfi, que alternó en principio la anestesiología con las ayudantías haciéndose luego neurocirujano también. Se fueron formando instrumentistas, anestesiólogos, electroencefalografistas. Schroeder prestó servicios honorariamente al Instituto de Pediatría entre 1937 y 1953. En la actividad privada se hizo sentir la necesidad de un neurocirujano, aunque no estaba todavía reconocida la especialidad, y Schroeder fue llamado a cubrir esas faltas, realizando operaciones en los hospitales Italiano, Británico y en el Círculo Católico.

XV

En el plano internacional, también Schroeder abrió caminos. Cimentó fuertes vínculos fraternos con los colegas de la región, Elyseu Paglioli, de Porto Alegre y Rafael Babbini, de Rosario. Más tarde con Alfonso Asenjo de Chile. Poco a poco fue surgiendo la necesidad de efectuar encuentros

¹³ Ref. 2: pág. 132: Alejandro Schroeder Otero (1918-2000), inició su formación junto a su padre y luego como colaborador de Arana. Luego de recibido de médico en noviembre de 1947, complementó su formación neurológica con un extenso pasaje por cirugía general. En los ambientes asistenciales del país actuó como neurólogo y neurocirujano. Fue el introductor de la estereotaxia en el país Distanciado unos años del Instituto, retornó como primer Profesor de neurocirugía cuando se separaron las cátedras de neurología y neurocirugía en 1975. Como tal, impulsó el desarrollo de la microneurocirugía, ala que tuvo que adaptarse, y de la termocoagulación en las neuralgias del trigémino.

regulares latinoamericanos, idea a la que adhirieron prontamente Ramón Carrillo, Ernesto Dowling y Germán Dickmann, de Buenos Aires, José Ribe Portugal, de Río de Janeiro y Esteban Rocca, de Perú, y en tan sólo tres meses, cuando estuvieron de acuerdo, realizaron el Primer Congreso Sudamericano de Neurocirugía, inaugurado el 1º de marzo de 1945 en Montevideo, presidido por Schroeder y actuando como secretario Arana, con la participación de 121 médicos, 60 de Uruguay, 44 de Argentina, 13 de Brasil, dos de Chile, uno de Perú y otro de Paraguay. En su discurso inaugural decía Schroeder: *“No ha escapado a los que estamos aquí reunidos, toda la responsabilidad de este Congreso. Es el primero de la especialidad en Sudamérica, pero es también el primero en el mundo, pues no habían conseguido ni Europa ni América del Norte un Congreso similar. Tenemos, pues, la responsabilidad y el honor de iniciar la era de los Congresos Internacionales de Neurocirujanos. Tenemos ya el éxito asegurado con la presencia de todos los neurocirujanos sudamericanos y con la adhesión entusiasta de los ingleses, así como de los americanos”*. Publicaron dos volúmenes con los trabajos presentados. Sus consecuencias fueron muy importantes para la neurocirugía latinoamericana. Se creó un Comité Permanente y después de los primeros seis congresos, tomaron el nombre de Congresos Latinoamericanos de Neurocirugía. Asistió Schroeder a los congresos siguientes de Buenos Aires (1949), Porto Alegre (1951), ya enfermo faltó a Lima (1953), donde se resolvió que el sexto sería en Montevideo en 1955, realizado en su homenaje. Fue presidido éste por Román Arana Iñiguez.¹⁴

XVI

En su producción científica, destaca Wilson tres etapas. Una primera focalizada en los aspectos histológicos del sistema nervioso, desarrollada sobre todo en Europa, con colaboraciones y trabajos originales de valor, constituyendo la característica de sus trabajos la meticulosidad y la insistencia en la descripción y la búsqueda del detalle. Una segunda desde su retorno a Montevideo en 1928 hasta su ingreso como Director del Instituto de Neurología en 1937, período en el que tratarán de temas neurológicos o neuroquirúrgicos. La tercera y última, la de su actividad científica dentro del Instituto, que se prolongó hasta la enfermedad que precedió su fallecimiento. Se reanudaron aquí la publicación de los Anales

¹⁴ Ref. 2; páginas 47 a 52.

del Instituto en 1939, que incluyó su impresionante monografía sobre *“El lóbulo frontal”*, y otros estudios suyos sobre quiste hidático, particularmente de localización cerebral, seguidos por nuevas contribuciones en los años siguientes, hasta que describió la técnica conocida como el *“método de Shroeder”* o *“método del formolado”*, que contrapuso al *“método de Dowling”*, del parto de la hidátide, argumentando: *“El método de Dowling [el neurocirujano argentino] es excelente, ya que pone al abrigo de toda contaminación. Sin embargo, para los grandes quistes tiene el peligro de la dilaceración y posibilidad de ruptura, siendo una operación larga, que necesita un buen estado general para resistirla”*. Esta objeción sería superada por sus alumnos, Arana Iñiguez y San Julián, que harían del parto de la hidátide el método más seguro. Abordó la cirugía de la epilepsia con el apoyo de la electrocorticografía intraoperatoria, siendo el primero en América del Sur en realizarla, presentando sus conclusiones al Congreso Sudamericano de Neurocirugía de Buenos Aires, en 1949, en colaboración con Arana, San Julián y Fuster. El hematoma subdural crónico no era una patología conocida en nuestro medio, a pesar de que estaba ampliamente descrito en la literatura mundial. En 1944 Ramírez publicó un caso no operado, con necropsia, mencionando en el mismo que un tiempo atrás había ayudado a Schroeder en el tratamiento quirúrgico de un caso. En 1948 Schroeder y colaboradores publicaron una serie de ocho casos, seis operados, el más antiguo del 19 de enero de 1943, que corresponde al caso recordado por Fortunato Ramírez, diagnosticado por Bernardino Rodríguez y tratado con éxito, que fue el primero diagnosticado en vida en nuestro país. En sus últimos años promovió el tratamiento quirúrgico de los aneurismas intracraneanos, cuando ya se había incorporado la angiografía a su diagnóstico, prefiriendo Shroeder la ligadura de la carótida. En 1952 publicó con su hijo Alejandro ocho aneurismas con diagnóstico angiográfico operados, el más antiguo de febrero de 1949, siendo satisfactoria la evolución en siete de los ocho casos. También tuvo trabajos sobre el tratamiento de las meningitis agudas supuradas con penicilina, en 1944, y diversos trabajos sobre tumores del sistema nervioso central. También realizó otros sobre casuística y aspectos históricos.¹⁵

¹⁵ Ref. 2: páginas 53-56.

XVII

Fervoroso cristiano no sólo educó a sus hijos en el mismo colegio al que había concurrido de niño, el Seminario, sino que participó en la fundación de la Unión Cívica, del que finalmente se distanció, merced a una investigación realizada por su amigo el diputado católico Dr. Tomás G. Brena a los archivos de la Asociación Cultural Uruguayo-Alemana, de la cual Schroeder era presidente, por ser el único uruguayo descendiente de alemanes que los servicios de inteligencia de los aliados consideraban aceptable. Por supuesto, en esa investigación, no encontraron nada, pero esto rompió los límites de la tolerancia del Dr. Schroeder, que en el seno familiar definió que no trabajaría más en actividades políticas. Perdió así contacto con todos los dirigentes de la Unión Cívica, excepto con los doctores Dardo Regules y Juan Vicente Chiarino, a quienes consideraba sus amigos fraternos.

Sus amistades eran del ambiente médico, fundamentalmente del Instituto de Neurología, a la que consideraba su segunda familia, frecuentando a Bernardino Rodríguez, Juan Medoc, Fortunato Ramírez, Isidro Más de Ayala, Clemente Estable, Román Arana, que solía pasar largo tiempo en su casa, José B. Gomensoro, Jorge San Julián, Bartolomé Fuster, Raúl Rodríguez Barrios, que no mantenían mayor intimidad por la distancia de varios años que los separaban del Director y Maestro. Mantuvo amistad epistolar con varios colegas del exterior: Elyseu Paglioli y Aloysio de Castro, de Brasil, Rafael Babbini y Estévez Balado, de Argentina, Alfonso Asenjo, de Chile, y Gregorio Marañón, español.

XVIII

Falleció el 23 de agosto de 1954, a los 64 años, a consecuencia de las limitaciones y secuelas de su enfermedad hipertensiva, que evolucionó primero con un infarto de miocardio y poco después con un accidente vascular encefálico, que le produjo hemiplejía izquierda de la que poco pudo recuperar. Su actividad fue a partir de entonces muy limitada, sin poder operar, sin concurrir al Instituto, prácticamente ocupándose sólo de Anales. Su preocupación por el Instituto fue motivo de conversaciones con su hijo Alejandro, bregando por la unidad humana y por la propia sobrevivencia del Instituto que tanto le había costado forjar. Le quedó la pena de que se hubiera concretado todavía la mudanza del Instituto al

Hospital Universitario, para que se plasmara por fin el sueño de Ricaldoni.¹⁶

¹⁶ Ref. 2; páginas 57-62.

XIX

ROMÁN ARANA IÑÍGUEZ (1909 – 1977) nació en Montevideo el 4 de setiembre de 1909, hijo menor de un matrimonio español: Pedro Máximo Arana, nacido en Oquendo, próximo a Bilbao, y Julia Iñiguez, nacida en Logroño, región autónoma de La Rioja, en España. Su familia se compuso de dos hermanas, Julia y Pilar, y dos hermanos mayores, Juan José que murió a los tres años, y Pedro que estudió Medicina como él, siendo el mayor de ambos. Por eso le llamarían *“el Chiquito”*, familiarmente, por ser el menor, aunque no lo fuera en dimensiones, hombre de gran estatura y peso. Su hermano Pedro, que fue su guía y compañero, tenía apenas 14 meses más que él, y vio interrumpida su vida a los 38 años.

XX

Siendo Arana muy niño, a los seis años su padre le dijo: *“Mi deseo sería que mis dos hijos fueran médicos, para bien de la humanidad”*. Y él agregaba: *“Y mi hermano, con mayor vocación médica que yo, influyó tal vez sin saberlo, para que ambos estudiáramos medicina”*. Su madre le transmitió su amor por la música de cámara a sus cuatro hijos. Fue al Colegio “Elbio Fernández” para la educación escolar, en tiempos que era dirigido por Rosa Ferrando de Fulquet, entre 1916 y 1921. Desde el primer año nació la amistad con uno de sus compañeros de clase, José B. Gomensoro, que se prolongaría toda la vida, como estudiantes, médicos, neurólogos y docentes universitarios. La Secundaria la cursó en el Liceo Rodó, desde 1922, dirigido por Manuel Lapeyre, guardando fuertes recuerdos de ese tiempo. Allí nació la amistad con José Pedro Massera, que era profesor de filosofía y moral en cuarto año, y pasó a integrar como violinista, el selecto grupo musical que hizo durante 18 años música de cámara, y que integraron Massera, Olga Ferroni, Carlos Freire Muñoz, el arquitecto Moró, las hermanas Carmen y María Garayalde¹⁷, Julia Iñiguez

¹⁷ José Pedro Massera era un abogado y filósofo, dedicado parcialmente a la docencia, padre del Ingeniero José Luis Massera, destacado matemático, docente universitario, Doctor Honoris Causa de la Universidad de la República, político y legislador en varios períodos. Carmen Garayalde fue la esposa de éste y madre de sus hijos José Luis (Pepe) y María Ema. Una hermana de José Luis, María Julia Massera sería destacada oftalmóloga, colaboradora de Raúl Rodríguez Barrios y coautora con él del libro sobre “Fondo de Ojo”, el primero en el mundo hispano parlante. Así recordaría Arana en su Clase Inaugural en 1959: *“Pero en este pasaje por Enseñanza Secundaria, un encuentro fue fundamental: José Pedro Massera. Massera, el profesor de Moral que conocimos en 4º año de liceo, fue desde entonces nuestro padre espiritual. Una coincidencia feliz nos unía en amistad, a los*

(su madre) y los hermanos Pedro y Román Arana. La amistad con José Pedro Massera fue muy grande, así como la influencia que él tuvo en la vida de los jóvenes alumnos. Decía de él José B. Gomensoro, en 1943, durante un homenaje al filósofo fallecido un año antes: *“Tenía condiciones excepcionales de Maestro, su naturalidad, su claridad y erudición. Pero, por encima de todo, recordamos el calor y el entusiasmo que nos transmitía. Cuando terminaban sus cuidadosas clases, recorríamos el patio y a manera de las charlas socráticas bajo el pórtico, le oíamos encenderse en la contemplación del artista, de los grandes filósofos y de las teorías. Sabía que sembraba en el fértil terreno de los jóvenes cuando entran en la edad adulta y nos comunicaba su vocación de estudioso y su exquisito humanismo bondadoso y comprensivo. Fue un Maestro como pocos. Y lo fue dentro y fuera de las aulas. Nunca defraudó, ni en su vida pública ni en su vida privada. Le corresponde, por tanto, genuinamente el título de Maestro de Juventudes. Lo fue, y aún lo es en sus escritos, por su carácter, por su bondad, por su seriedad y profundidad de conocimientos, por su figura neta de universitario y por su inalterable ejemplo de conducta moral.”*¹⁸

XXI

Román Arana ingresó a la Facultad de Medicina en marzo de 1928, entre 131 inscriptos. Fueron compañeros suyos varios futuros profesores de la Facultad, como Walter Suiffet, Juan E. Cendán Alfonso, Ramón Carlos Negro, Ciro A. Peluffo, José Pedro Ibarra Ruiz, Alberto Matteo, Juan José Scandroglia, José María Reyes Terra, María Elena Uteda, Luis Sala López y Alberto Munilla. A diferencia de su hermano que obtenía excelentes calificaciones, Román tenía un rendimiento desperejo: aprobó varias materias sin nota, otras con Sobresaliente por unanimidad, e incluso fue reprobado en Historia Natural Médica y Parasitología, en tercer año.

pocos meses de haberle conocido como profesor. Hicimos con él, mamá, mi hermano, María Garayalde de Zavala Muniz, Carmen Garayalde de Massera, Carlos Freire Muñoz, el Arq. Moró, Olga Ferroni, música de cámara durante dieciocho años. Hombre de larga y variada actuación política, supo hacer de su vida una prolongación de su cátedra de Filosofía. No se sabía qué admirar más: si su cultura, su modestia, su amplitud infinita de espíritu, su sensibilidad exquisita, su juventud inquebrantable o al artista maravilloso. Fue un violinista de excepción. Massera representó, para nosotros, el ideal de un hombre completo; un justo, como lo llamó alguien; cultor de las más altas disciplinas del espíritu, de una conducta moral intachable, de comportamiento ciudadano ejemplar.” Ref.: 2: pág. 219.

¹⁸ Ref. 2: páginas 92 – 94.

Curiosamente aprobó Anatomía primer curso con Sobresaliente, y Anatomía segundo curso con un sencillo Aprobado.

XXII

En 1930 ingresó a la vida hospitalaria. Este año marcaría su vida también por ingresar al laboratorio de Clemente Estable, junto a su hermano Pedro y a José B. Gomensoro. *“Su labor hospitalaria comenzó en la clínica semiológica del Profesor Arturo Lussich, teniendo como instructor al entonces jefe de clínica Mario Volonterio. En el segundo semestre concurrió a la clínica del Profesor Alfonso Lamas, donde tuvo como docente directo a Emilio Andreón, uno de los tres jefes de clínica. Al año siguiente cursó clínica quirúrgica con el Profesor Alfredo Navarro, hacia quien sentía una profunda admiración. En esta clínica conoció a Pedro Larghero, quien le contagió su entusiasmo quirúrgico y lo invitó a colaborar en sus guardias del Hospital Pasteur.”* “En 1933 dio comienzo su actividad rentada en el Ministerio de Salud Pública, como practicante interno suplente por concurso de oposición, desempeñándose en el Servicio de Asistencia Externa y en el Hospital Vilardebó. A fin de ese año obtuvo por concurso el cargo de practicante interno titular. Como tal, ingresó en marzo de 1934, junto con su amigo José Gomensoro. Ambos eligieron para su primera rotación, llevados por su interés neurológico, al Hospital Vilardebó. Arana fue al servicio del Dr. Antonio Sicco y Gomensoro al del Profesor Santín Carlos Rossi. Arana recibió una fuerte impresión en el Servicio del Prof. Sicco, tanto por la personalidad del jefe del servicio, profundamente compenetrado con la especialidad y con los deberes de su cargo, como por la psiquiatría como disciplina. Se inició una extensa vinculación con la clínica psiquiátrica, tanto en ocupación de cargos como en la condición de colaborador honorario, que duró muchos años. Fue en ese año que escuchó a un eminente neurólogo europeo decir que el neurocirujano era el neurólogo moderno. Esta afirmación fue un elemento más que se sumó a su ya clara orientación neurológica, para decidirlo por la neurocirugía. Los siguientes dos años de internado, 1935 y 1936, los cumplió en los servicios de cirugía del Hospital Pasteur, primero con Rómulo Silva, luego en la clínica de Manuel Albo ¹⁹, que

¹⁹ Ref. 2: pág. 221: De Albo recordará Arana en su Clase Inaugural de 1959: *“Recuerdo que fue a Albo a quien manifesté por primera vez mis deseos de hacer neurocirugía. Fue bastante pesimista, pues creía que el material neuroquirúrgico era muy*

lamentablemente falleció en noviembre de 1935, quedando interinamente a cargo Velarde Pérez Fontana ²⁰ hasta el nombramiento del nuevo titular, que fue el Dr. Carlos Stajano, junto a quien comenzó a trabajar un novel profesor adjunto de cirugía, Abel Chifflet, recién llegado de un viaje a EEUU. En estos dos años de cirugía general aprendida y practicada con entusiasmo, se consolidó la vocación quirúrgica de Arana. Formó parte de una camada de internos que fue recordada por largo tiempo, integrada además de Arana, por Walter Suiffet, Hamlet Suárez, Alberto Matteo y Germán Mernies. Como veremos, fue en esos años que comenzó a concretarse en hechos su interés por la cirugía del sistema nervioso. El último año del internado lo realizó en la clínica del Profesor Lussich, donde actuaba como profesor agregado Julio César García Otero, cuya sagacidad clínica dejó una profunda huella en su formación médica. Dos meses después de terminar el internado, el 30 de mayo de 1938, dio su último examen y egresó de la Facultad de Medicina como médico cirujano.” ²¹ En su Clase Inaugural, recordaría también Arana, entre muchas otras figuras, la de Pedro Larghero: “Recuerdo, también, en este momento de decidir mi orientación, la opinión de Larghero, que refiriéndose a la neurocirugía, me dijo: “Es la única especialidad quirúrgica para la que te aconsejo que hagas primero medicina”. También fueron determinantes “Los entusiasmos quirúrgicos de Rodríguez Barrios me incitaron, también a no abordar solamente la parte médica de la neurología. Con Di Bello estudiamos para la jefatura de clínica médica. Fuimos jefes de clínica de Montes Pareja, que acababa de ser nombrado Profesor de Clínica Médica. Actuaba en este Servicio como Profesor Agregado, el Dr. Benigno Varela Fuentes, y como asistente el doctor Alberto Amargós.” ²² Encabezando la nómina de las universidades extranjeras en que trabajó y las personalidades de otros países con quienes tuvo el privilegio de estudiar, Arana recordó: “Mira y López [Emilio] ²³, el gran psiquiatra español, fue el

escaso, y debo recordar que a pesar del enorme respeto que me inspiraba, tuve en aquel momento, la seguridad de que se equivocaba.”

²⁰ Ref. 2: pág. 221: Agregaré en la misma ocasión sobre Velarde Pérez: “Pasamos dos años en cirugía general. Sustituí interinamente a Albo el Prof. Velarde Pérez Fontana, que tenía interés en neurocirugía. Yo ya había ayudado a Albo, recuerdo muy bien, en una intervención por tumor cerebral. Pero fue con Velarde Pérez que realicé mis primeras observaciones neuroquirúrgicas. Un tumor de fosa posterior, un tumor de hipófisis y dos compresiones medulares”.

²¹ Ref. 2: pág. 94 – 95.

²² Ref. 2: pág. 223.

²³ MIRA Y LÓPEZ, Emilio (1896-1964): médico español, hijo del Dr. Rafael Mira Merino, médico mayor de Sanidad Militar, nació por accidente en Santiago de Cuba. Fue de destacada actuación en Cataluña, donde llegó a ocupar la Primera Cátedra de Clínica Psiquiátrica de la Universidad Autónoma de Barcelona. En 1938 es designado por el Ministerio de Defensa Jefe de los Servicios Psiquiátricos del Ejército de la República. En 1939, con la derrota de la República se exilia en Francia primero, luego en Londres. Es invitado a Nueva York donde realiza diversas actividades académicas y desde 1940 se instala en Buenos Aires.

primero que me habló del Servicio de Asenjo en Chile. El día 27 de noviembre de 1943 llegué a Santiago, donde permanecí tres meses. Debía de volver al Instituto de Neurología de Montevideo, donde todavía era Adjunto. Asenjo es el primer cultivador que yo conozco, de una disciplina clínica en Latinoamérica, que ha realizado una labor "full time". Por esto sólo, su nombre debe perdurar en la historia de la medicina de nuestro continente. Aunque el Instituto de Neurocirugía de Santiago, no contaba con las hermosas instalaciones que tiene en la actualidad, se hacía una labor neurológica bastante completa, excelente neurocirugía y, sobre todo, se realizaba una actividad de trabajo perfectamente organizada. El tesón y el entusiasmo de Asenjo había creado una escuela neuroquirúrgica que hace honor a Sudamérica". ²⁴

XXIII

La vinculación con Clemente Estable, maestro de formación, y científico de vocación, discípulo de Ramón y Cajal, sería larga y fructífera. Junto a su hermano Pedro, a Gomensoro y a otro amigo, Santamarina, se acercaron, ofreciéndose para trabajar honorariamente al Laboratorio de Investigaciones Biológicas dirigido por Estable. *"Se abrieron así las puertas a un mundo nuevo, el de la investigación científica, y encontró Arana una personalidad, la de su director, que le produjo profunda admiración y selló su actitud futura hacia la ciencia. Aprendió técnicas histológicas y neurofisiológicas, pero sobre todo aprendió la esencia de la vida de laboratorio y de investigación: el respeto por los hechos y el trabajo metódico."* *"Fue junto a Estable que realizó sus primeros trabajos científicos: "Contribución al estudio clínico e histopatológico de la afasia", que constituyó su tesis de doctorado en 1940, calificada con sobresaliente y que, presentada al concurso de becas, obtuvo una de las correspondientes a 1940, y "Contribución al estudio de la histopatología de la sinapsis", que publicara en 1941 en los Anales del Instituto de Neurología. Después de recibido como médico, hizo su tesis de agregación: "Contribución al estudio histológico y funcional del núcleo caudado", en el*

Argentina, participando en actividades docentes en las Universidades de Buenos Aires, Santa Fe, La Plata y Cuyo. También en Sao Paulo, Brasil. Organiza los servicios de la Universidad Central de Venezuela, y desde 1960 es designado por la UNESCO como experto en Psicología Experimental. Fallece en Brasil a consecuencia de su segundo infarto de miocardio.

²⁴ Ref. 2: páginas 224 – 225.

Laboratorio, contando con la ayuda generosa de su amigo Jorge Galeano Muñoz.” Trabajó durante 13 años en el laboratorio, hasta el año 1943.

XXIV

En su formación cultural, tuvo un papel fundamental la música, integrando varios conjuntos de cámara, tanto de jazz como de música clásica, como fue mencionado. Incluso integró un cuarteto que actuó en la Facultad de Medicina, en las veladas literario-musicales, compuesto por José Pedro Massera (violín), Pedro Arana (viola), Román Arana (violonchelo) y José B. Gomensoro (piano).²⁵

“La formación social, resultante de su núcleo de jóvenes amigos, que en la época estudiantil se nutrieron mutuamente con los generosos ideales universitarios, sociales y humanos de democracia y libertad que cuajaron en una sincera e intensa militancia en la Asociación de los Estudiantes de Medicina, en la oposición a la dictadura de Terra, en la defensa de la República Española y la condena del fascismo europeo de la preguerra. Formaron parte de una generación que en la defensa de valores morales universales no dejaron de vivir intensamente la realidad nacional en una actitud que revelaba un profundo arraigo a su medio. Integraron este núcleo de amistades de Arana, entre otros, José María Portillo, Raúl Di Bello, Jorge Galeano Muñoz, Pedro Schauricht²⁶, Pedro Visca, los Massera, y en especial Gomensoro cuya participación en la España en guerra fue seguida con angustia desde Montevideo.”²⁷

XXV

Wilson narra prolijamente los pasos de su Maestro relativos a la formación en el exterior, su experiencia en Chicago, su retorno y aportes a la modificación del trabajo, y el largo camino que va hasta que asume la Dirección del Instituto de Neurología, luego de un concurso de méritos y

²⁵ Carlevaro, Pablo V.: Comunicación personal. Carlevaro asistió llevado por su padre, el Dr. Pablo Florencio Carlevaro.

²⁶ SCHAURICHT, Juan Carlos: fue estudiante de medicina, intérprete de inglés y alemán en el Puerto de Montevideo, Secretario General Permanente del Sindicato Médico del Uruguay, Secretario Privado de Luis Batlle Berres durante su Presidencia de la República y legislador.

²⁷ Ref. 2: páginas 96 – 97.

oposición. A la Cátedra registraron su aspiración cuatro candidatos: Román Arana, Constancio E. Castells, José Bernardino Rodríguez y Víctor Soriano.²⁸ Examinados los respectivos méritos, el Consejo de la Facultad concluyó que dos de los candidatos superaban a los restantes, pero no pudiendo diferenciar entre ellos, resolvió llamar a un concurso de oposición²⁹ entre Arana y Castells³⁰. El concurso fue histórico por el nivel de conocimientos demostrado por los concursantes. Triunfó Arana. El 31 de octubre de 1957 fue designado Profesor de Clínica Neurológica y Director del Instituto de Neurología, y confirmado un año después. Pasaba así Arana a ser el tercer director titular, sucediendo al fundador y creador, Américo Ricaldoni, de muy corta actuación, de 1927 a 1928, y a Alejandro H. Schroeder, director desde 1937 a 1954, verdadero segundo fundador, con quien se había iniciado Arana en la neurocirugía. Recibía un Instituto creado treinta años antes, que fuera el primero en América Latina y uno de los primeros en el mundo, que a lo largo de su vida, a pesar de un largo período sin dirección y amenazado de desaparición presupuestal, había sobrevivido manteniendo la misma avanzada estructura elaborada por Ricaldoni y consolidada por Schroeder. Honrando a sus antecesores, Arana fue llevando al Instituto a un sitio privilegiado, admirado en todo el mundo, que supo ser lugar de formación de especialistas de toda América.

²⁸ Es evidente que este libro recoge prolijamente la Historia de la Neurocirugía en el Uruguay y particularmente en el Instituto de Neurología. Pero no abarca, más que lateralmente puesto que no es su propósito, las ricas aportaciones y los valiosos equipos que hicieron a las demás ramas de la Neurología, que sin duda contribuyeron a darle tan merecida fama. En todo caso, es una materia pendiente. No obstante lo cual, el autor en otras publicaciones, ha realizado excelentes semblanzas de muchas de las figuras aquí mencionadas, que él conoció directamente, y que convivieron en distintos momentos en el propio Instituto.

²⁹ Los concursos de oposición para la provisión de Grados 5, o profesores titulares en la Facultad de Medicina, han sido excepcionales en los últimos cincuenta años, por cuanto se ha visto que este enorme esfuerzo, a una altura de la vida en que las capacidades de competencia están mermadas, afecta profundamente a los aspirantes, sobre todo a los que no acceden. Por eso deben perfeccionarse los procedimientos de selección y buscarse aquellos que menos lesionen la integridad física y mental de personalidades que pueden rendir mucho a la enseñanza universitaria, y que por esta vía a menudo se agotan en una muerte precoz.

³⁰ **Constancio E. Castells** (1911-1964), tuvo una excelente formación clínica y neurológica, tanto en el país como en el exterior. Tal vez para no reavivar viejas heridas, el autor discretamente ha soslayado una mayor referencia a su trayectoria y méritos, así como al propio concurso en que confrontaron oposiciones con Arana. Puede consultarse, entre otras fuentes, la semblanza realizada por José B. Gomensoro en el Tomo I de Médicos Uruguayos Ejemplares, Montevideo, 1988, páginas 215-216, que reproduce la publicada en Acta Neurológica Latinoamericana 10: 277-278, 1964, de la que Castells había sido Secretario de Redacción desde su fundación hasta su fallecimiento. Castells comenzó a evidenciar padecimientos coronarios, con un primer infarto de miocardio en 1962 y dos años más tarde, en setiembre de 1964 realizó un segundo infarto, que terminaría con su vida el 14 de noviembre de ese año. Tuvo destacada actuación en Clínica Médica, donde ocupó cargos de Adjunto y de Asistente de Clínica Médica, y los mismos cargos en la Cátedra de Neurología. Estuvo largo tiempo en Francia, tanto en Marsella como en París, trabajando con Gastaut en Epilepsia. Publicó un libro con Jorge Gherardi, sobre “El Líquido Céfaloraquídeo”, en 1947, que fue referente en América Latina y España. Fue Jefe de Neurología Infantil del Hospital Pereira Rossell. De amplia actuación gremial y universitaria, fue delegado junto con José B. Gomensoro ante el Consejo Directivo de la Facultad de Medicina, electo por los estudiantes; presidió la Asamblea del Claustro. Presidente del Sindicato Médico del Uruguay y de su Centro de Asistencia, lo representó en la Asociación Médica Mundial, desde 1961 hasta 1964, siendo suya la versión española de la Declaración de Helsinki, que regula la conducta de los médicos del mundo en la experimentación con seres humanos. Presidió la Confederación Médica Panamericana entre 1962 y 1964, siendo Presidente de su Comité Ejecutivo Central, entre abril de 1964 y su fallecimiento.

*“Durante su actuación, poco después de su nombramiento como profesor, en mayo de 1958, el Instituto se trasladó de su antigua ubicación en las salas Ricaldoni y Lavalleja del Hospital Maciel a su actual sede en el 2º. Piso del Hospital de Clínicas, como lo había soñado Ricaldoni. Bajo la pujante dirección de Arana, con el entusiasmo despertado por las nuevas instalaciones, el Instituto sufrió un verdadero renacimiento en el que, y como consecuencia de la habilidad y capacidad de su director, se multiplicaron los colaboradores y los equipos de trabajo experimental y clínico, se progresó en los métodos diagnósticos y terapéuticos y se impartió docencia a todos los niveles. Desde ese 1957 hasta la fecha de su cese, en 1974, la vida de Arana fue la del Instituto y los logros del Instituto no fueron otra cosa que los resultados de la labor de su director. Prometió en su clase inaugural, dictada en el salón de actos de la Facultad de Medicina, el 30 de octubre de 1959, dar al Instituto de Neurología el máximo desarrollo de que fuera capaz.”*³¹ Y con los hechos logrados demostró que cumplió ampliamente con esa meta. Su fuerte personalidad unida a su modestia natural, su rica formación humanística, que a través de la música había podido armonizar conjuntos humanos complejos y particularmente la científica adquirida a través del contacto con el Laboratorio de Clemente Estable, serían determinantes de sus triunfos.

XXVI

Wilson hace una descripción detallada de todos los avances logrados durante el largo período en que Arana dirigió el Instituto: en lo asistencial, en lo docente, en la tarea de investigación, en la fundación de *Acta Neurológica Latinoamericana*, que fue la revista que sirvió para difundir la excelencia del trabajo que se hacía en Uruguay y en el Instituto bajo su dirección, pero también para el intercambio entre los pujantes autores de la región. La integración de un nuevo concepto de dedicación total al Instituto, que Arana predicó y practicó todo el tiempo, llegando a primera hora y retirándose a la tarde o la noche. Sus largas jornadas de sala de operaciones, con su imperturbable regla del silencio; los ateneos, las reuniones regionales e internacionales. La actuación protagónica de Arana para integrar la Neurología y la Neurocirugía del Uruguay a la región de

³¹ Ref. 2; pág. 115 – 116.

América Latina y al mundo, con la fundación de la Federación Mundial de Sociedades Neuroquirúrgicas (WFNS, por su sigla en inglés), de la que él fue fundador. La asistencia de becarios de todas partes de América para nutrirse del conocimiento y la experiencia del Instituto, organismo de formación de primer nivel en el Continente³². También se formaron en el Instituto y bajo la Dirección de Arana, destacados neurocirujanos que establecieron la especialidad en el interior del Uruguay: Francisco (Franco) Gómez Gotuzzo, de Artigas, Washington Lanterna, de Paysandú, e Ivo Lima, de Salto, señalando un rumbo que haría historia en el panorama médico nacional. Sus figuras centrales y periféricas, que todas tenían un papel importante en la organización y hacían que a su tiempo funcionara armónicamente, tanto del punto de vista de modelo asistencial, de docencia y de investigación, como de integración humana, donde se reconocía el liderazgo de Arana, su tenacidad y su espíritu de trabajo infatigable, sin opacar por ello las luces que cada uno irradiaba desde su propio sitio. Las seccionales que se fueron desarrollando, incorporando a las que venían funcionando desde la fundación del Instituto, enriqueciéndolo y potenciándolo. Su producción científica, revelada por su rica bibliografía, incluida al final de la biografía de Arana, resume las principales áreas de interés desarrolladas durante su magisterio. Sus facetas humanas, desde la integración de su pareja, siendo él ya hombre maduro, superando los cincuenta años y resistente al matrimonio, del que no se había ocupado por dedicarle íntegramente su tiempo a la Medicina, el nacimiento de sus hijos, la fundación del hogar en Carrasco, y las reuniones en su casa para preparar trabajos o para cambiar ideas, donde se revelaban aspectos poco conocidos del hombre y su entorno.

XXVII

Tal vez, lo que mejor sirva para conocer la estatura universitaria de Arana, sea la lectura de su discurso en la Clase Inaugural del 30 de octubre de 1959. Es una extensa pieza, que ocupa veintitrés páginas del libro, en el

³² Tuve la suerte de conocer en distintos períodos a ciudadanos de otros países que revistaron como becarios: al brasileño Affonso Antoniuk, de su período en Montevideo, cuando hacía las veces de “Residente”, concurriendo puntualmente al Servicio de Emergencia del Hospital, como fue la regla impuesta por Arana. A Silvio Codas Gorostiaga, principal neurocirujano paraguayo en su época, residente en Asunción, a quien conocí en su país en 1968, y a Rolando Costa Arduz, neurólogo boliviano, que alcanzó ser Rector de la Universidad Mayor de San Andrés, en La Paz, a quien conocí en su tierra en 1970. Todos ellos guardaban un recuerdo muy entrañable del Instituto y de todas las figuras que contribuyeron a su formación, de quienes daban sin cesar referencias y anécdotas, y a quienes reconocían como sus auténticos Maestros. En el caso de los dos últimos, refiriéndose en forma entrañable al Dr. José B. Gomensoro, que integraba la delegación de la Confederación Médica Panamericana, motivo de esos contactos.

Anexo 6, y que resume su historia vital, la historia de la Neurología y la Neurocirugía en el país, en la región y en el mundo; las enseñanzas y recuerdos de sus Maestros; su visión de la tarea que tiene por delante el Instituto; la misión del médico y del hombre ³³. Diría en ese momento, a modo de síntesis: *“Al iniciar esta clase, mis primeras palabras son de inmensa gratitud a la vida. Deseé fervientemente poder llegar a este cargo, convencido que desde él podría tener la oportunidad de contribuir, aunque sea en modesta parte, al engrandecimiento de la ciencia neurológica. También lo deseé porque representaba la culminación de mi carrera universitaria. Tengo la religión de la Universidad, pues creo que ella encierra uno de los máximos ideales del hombre: la cultura en la libertad.”* ³⁴ *“Cuando nos iniciamos en la vida médica y comenzamos a asistir a algunas sociedades científicas hace treinta años, existía en nuestro medio la angustia de la publicación, ya que posiblemente los antecesores a aquella época, habían publicado poco y también habían investigado poco. Se vivía algo así como un antagonismo entre clínicos y hombres de ciencia. Hoy creemos que todo eso ha pasado. Se publica, tal vez, más de lo necesario, pero existe una aceptación de la necesidad de publicar y de investigar que nadie discute. Pues bien, estoy seguro que, aunque hay que incrementar esta tendencia, lo que más importa hoy es que se cumpla el trabajo de muchas horas. Para el nombramiento del futuro personal docente, creo firmemente que la disciplina y la dedicación al trabajo deben pesar tanto o más que los conocimientos, los concursos y las publicaciones realizadas. No comprendo que se pueda dirigir una clínica bien equipada, como un Instituto, sin pasarse el día en él. Sería como pensar que un escultor o un pintor tiene un magnífico taller y va a él una o dos horas por día y no se ocupa de todos los detalles que puedan mejorar su ambiente de trabajo.”* ³⁵ Remataba Arana su Clase Inaugural, un verdadero documento desíntesis y reflexión, una breve historia de la Neurocirugía y de la Neurología en el Uruguay, con estas palabras, que en parte han sido subrayadas en el Prólogo de De Boni: *“Para ser médico es necesario, ante todo, sentir el infinito dolor del hombre y, además, estar poseído de un gran optimismo. Si no se es optimista no se puede ser médico. Al principio de mi carrera hospitalaria, sobre todo después que fui interno y sentí pesar sobre mis hombros la responsabilidad del dolor de mis enfermos, me extrañaba el sentimiento de alegría, de paz interior, que*

³³ Ref. 2: páginas 217 – 240.

³⁴ Ref. 2: pág. 217.

³⁵ Ref. 2: pág. 237-238.

experimentaba cuando asistía en cualquier hora del día o de la noche a ver a mis pacientes. A veces, de noche se despertaban al acercarme yo y me miraban con una cara de ingenua simpatía; a veces era una joven adolescente; otras, un hombre rudo de nuestro campo, cargado de años. Yo salía del Pasteur o del Maciel como renovado por un dulce sentimiento de bienestar. Muchas veces me pregunté, por qué experimentaba yo aquella sensación tan especial que no acertaba a explicarme. George Duhamel, en su "Vida de Mártires" me dio la respuesta, al explicar que el médico es el intermediario entre la vida y la muerte. Yo no me preguntaba si aquellas caras de personas tan dispares, eran de un hombre bueno o malo, laborioso o despreocupado, inteligente o pobremente dotado. Ellos me expresaban su gratitud por devolverlos a la vida y yo, sin saberlo, experimentaba el sentimiento tan especial de ser el depositario de una misión que está por arriba de los egoísmos, de los defectos o de las virtudes: la misión de retener en la vida a nuestros hermanos. Por esto, al terminar de hablar en este momento trascendental de mi vida y manifestar que quiero dedicar todos mis esfuerzos a la especialidad neurológica, que aspiro al desarrollo de una labor "full-time" para la mayoría de los integrantes del Instituto, y dar el mayor impulso posible a la investigación, os prometo no olvidar nunca, sean cuales sean los éxitos y los sinsabores que el magnífico taller de trabajo que me toca dirigir me depare, los deberes e ideales de la sencilla y maravillosa gran misión de ser simplemente médico." ³⁶

XXVIII

Tanto apego tuvo a su labor médica, quirúrgica, de investigación y de conducción, que recién contrajo matrimonio luego que hubo dado su famosa Clase Inaugural. "Cuando en junio de 1959, estando en Madrid, su amigo el profesor de psiquiatría Juan José López Ibor lo instó a conocer a su cuñada, nativa y residente de Valencia", se inició un rápido romance, que culminaría el 19 de enero de 1960 en Madrid, celebrando la boda con María Aliño. Con ella vivió en Uruguay. La pareja tuvo dos hijos, Patricia y Javier.³⁷ Desde entonces, Arana incorporó a su esposa a todas sus actividades sociales, tanto del Instituto, como a las obligaciones universitarias. Así lo acompañó en las Jornadas intensivas del Claustro de

³⁶ Ref. 2: pág. 240.

³⁷ Ref. 2: pág. 123.

Medicina, para la elaboración del Plan de Estudios que reemplazaría al Plan 1945, y que tuvo lugar en la Colonia de Vacaciones del SMU en octubre de 1964.³⁸

Curiosamente, el final de la vida de Arana, tuvo grandes similitudes con el final de la vida de su predecesor en la Dirección del Instituto. *“En los últimos años de Arana como Director la situación del país, de la Universidad, del Hospital y, en consecuencia, del Instituto de Neurología, se fue deteriorando del punto de vista económico y político. Paralelamente se sucedían cambios revolucionarios en la especialidad neuroquirúrgica a nivel internacional, como lo eran la introducción de la microcirugía y la aparición de la tomografía computada, que exigían mayores recursos para equipamiento. A todo ello se sumaba la desaparición, por efecto de una inflación creciente, de los recursos propios con que contaba el Instituto, a través de la Donación Saralegui, que habían permitido acceder a equipamiento y a pago de ciertas remuneraciones... En 1973 se instaló la dictadura cívico-militar en el país, poco después se intervino la Universidad y el Hospital de Clínicas y comenzó una política de proscripción del personal universitario por razones políticas, que redujo notoriamente el plantel del Instituto de Neurología. Fue en este contexto que llegó, en septiembre de 1974, el cese por edad de Arana como Profesor titular y Director del Instituto. Fue premiado con un par de reconocimientos más que merecidos: sus nombramientos como Profesor Emérito de la Facultad en 1975 y como miembro titular fundador de la Academia Nacional de Medicina en 1976. Sin embargo, la separación del lugar donde había trabajado toda una vida, la inseguridad que presentaba el futuro del Instituto en las circunstancias políticas que vivía el país, el alejamiento obligado o voluntario de muchos de sus amigos y discípulos, fueron socavando su salud, afectándole seriamente el corazón primero y el cerebro luego, hasta provocar su fallecimiento el 30 de junio de 1977.”*³⁹

En resumen: se trata de una historia excelentemente organizada y narrada por Eduardo Wilson, quien en su propio desarrollo profesional siguió el mismo rumbo que Schroeder y Arana, desde el laboratorio (en su caso de Neurofisiología) a la Neurología clínica y a la Neurocirugía, hasta

³⁸ Conocimiento personal.

³⁹ Ref. 2; pág. 125.

alcanzar la Dirección del Instituto. Dedicar la obra *“A los neurocirujanos que vendrán”*, lo que sin duda son principales destinatarios. Pero serán beneficiarios igualmente todos los interesados en la Historia de la Medicina nacional, y especialmente los que deseen conocer más acerca del desarrollo de una de las disciplinas que más vuelo alcanzó en nuestro país, y que lo viene marcando desde 1927 entre los primeros sitios. En algunos períodos alcanzando marcas mayores que en otros, pero siempre ocupando los primeros lugares y dando a los demás países, figuras relevantes, que llevan la impronta de su formación en el Instituto de Neurología “Dr. Américo Ricaldoni”, de Montevideo. En ella nos muestra el desarrollo histórico de la neurocirugía en el Uruguay, y particularmente, a través de la gestión de los Directores mencionados, continuadores de la obra del fundador Américo Ricaldoni, se rescatan los desvelos, logros y frustraciones de los creadores de la disciplina con estatura académica, científica, asistencial y docente, que tanto brillo dio al Uruguay a lo largo del siglo XX. Es también una Historia del Instituto de Neurología, a través de sus figuras sucediéndose a través de las generaciones, que dieron fuerza y vigor a una disciplina que se fue ensanchando con el paso del tiempo, con la profundización del conocimiento y el progreso de los medios científicos y tecnológicos. Se realiza un prolijo “inventario” de los recursos humanos formados en el Instituto, los que vinieron a beber de sus fuentes, o que vinieron, siendo figuras consagradas en el exterior, a confrontar experiencias y dictar enseñanzas en él. Guiado por conductores que aunaron la capacidad de liderar, su hondo compromiso con la misión del Instituto y su esfuerzo permanente por servir sus altos fines. Imponiendo en cada período nuevos y más ambiciosos objetivos, ampliamente alcanzados. Es al mismo tiempo, una recopilación de la mejor iconografía de las diferentes etapas de actuación de dos Directores, que recoge imágenes de gran valor para vincular las personas que hicieron posible esa experiencia neurológica y neuroquirúrgica de proyección internacional, en diferentes contextos. Y a la vez un recordatorio de las personalidades que se formaron, del país o del exterior, en ese Instituto pionero en su género a nivel regional y mundial, que sigue haciendo realidad el sueño de su fundador, el Dr. Américo Ricaldoni. Las felicitaciones al autor por haber concebido esta obra, tan necesaria para refrescar una historia tan rica, y la invitación al lector para dedicarle tiempo a su lectura. Que a la vez quien la adquiera, estará contribuyendo con la Fundación del Instituto de Neurología, para el desarrollo a futuro de la gran obra.

Dr. Antonio L. Turnes

Maldonado, 25 de febrero de 2007